

# Voy a contar una historia

Nélida Elena Porrero di Russo

Voy a contar una historia: “Mi historia”; la de mi familia; de la cual transcurrieron 47 años. Yo tenía fresquitos mis 15 años cuando por primera vez, y a iniciativa de mi tía Cándida, escribí una carta. Nunca imaginé que con ella cambiaría mi vida y la de toda mi familia. Pero voy a comenzar por el principio, como debe ser. Sólo apelaré a mi memoria, el por qué lo explicaré más adelante.

Mi familia paterna es española, todos, menos una tía que nació en Argentina, los demás provienen de Valladolid: mis abuelos, mis tíos y mis padres, nacieron y vivieron en esa querida patria. Un día (como muchos inmigrantes) decidieron con mucho dolor dejar su terruño para probar mejor suerte en otras tierras porque, la verdad, no lo estaban pasando bien: la falta de trabajo y principalmente la guerra, eran una realidad que se hacía cada vez más pesada.

Por eso un día mi abuelo Melquíades decidió, con el acuerdo de toda la familia, emprender ese largo viaje hacia esa promesa llamada “Argentina”. Fue dolorosa la despedida de los que se quedaban, pero tuvo la suerte él de traer a toda su familia, su esposa e hijos. La llegada a su segunda patria tampoco fue fácil porque, aunque por suerte se hablaba el mismo idioma, las costumbres eran distintas y les costó adaptarse.

Los Porrero llegaron a Santa Fe en 1914, desde su pueblito llamado Barcial de la Loma, en Castilla La Vieja, provincia de Valladolid. Allí eran pastores, criaban ovejas y cabras, tenían vides y fabricaban el vino pisándolo con los pies. Cuando iban a la cosecha lo hacían en carros tirados por bueyes y al regreso venían cantando un estribillo que decía así: “...y dicen que a Barcial no se lo ve en el mapa, pero bebiendo vino lo conoce hasta el Papa, olé, olé...”. En otros carros transportaban fardos de paja que utilizaban para prender fuego (con la paja del trigo) y a la tía Cándida le encantaba venir tirada

sobre los fardos<sup>1</sup>. Con la leche que les daban sus cabras fabricaban quesos que alimentaban a toda la familia. Al anochecer y ya concluida la faena, le encantaba al abuelo sentarse en su sillón preferido a comer un trozo de ese queso tan apetitoso, con el rico pan amasado por la abuela y tomarse un lindo vitino hecho con las hermosas uvas de sus parrales. Todos en el pueblo (o la gran mayoría) vivían de la cosecha de la vid; también eran labradores, pero no había futuro. Por eso el abuelo vendió todo lo que tenía, por lo cual le dieron dos monedas de oro y con eso partió.

Mi papá al momento de la partida tenía tan solo 4 años, recordaba muy poco de su infancia allí, pero lo que siempre nos contaba era la travesía que parecía no terminar nunca y que lo tenía mal el mareo, por el movimiento del barco y que durante el viaje se enfermó y sus padres se desesperaron, pero todo era producto de la ansiedad y el desconcierto al encontrarse de pronto frente a una realidad a la que no estaba acostumbrado. Al llegar, vivieron en un inquilinato del barrio Sur.

A la abuela Justina le encantaba cocinar conejo e iba a la feria a comprarlo. Deleitaba a su familia con un rico chocolate, con la chocolatera que había traído de España y preparaba unos mantecados que eran una delicia y esa receta fue pasando a todos sus hijos.

Los varones “Porrero” tuvieron que nacionalizarse argentinos para poder trabajar. El abuelo trabajó repartiendo diarios (periódicos); en esa época eran *La Razón* y *El Litoral*. Con el tiempo consiguió un trabajo en la municipalidad de Santa Fe como barrendero. El reparto de diarios pasó entonces a sus hijos Cirilo y Zacarías (mi padre). Tenían una importante zona de reparto que abarcaba el centro de la ciudad, los bancos y comercios y lo hacían en bicicleta. Mi papá también trabajó como cadete en una farmacia. El tío Eleodoro fue linotipista<sup>2</sup> del diario *El Litoral*, pero desgraciadamente se enfermó a causa de trabajar con el plomo y falleció muy joven.

Las mujeres más grandes de la familia colaboraban con la economía familiar trabajando en casa de familias (principalmente vecinos) haciendo trabajos domésticos. La tía Cándida (la mayor de todos) aprendió el oficio de costurera y con el tiempo fue una gran modista muy prestigiada de la ciudad.

Fueron pasando los años, y ya establecidos formalmente, nunca dejaron de añorar: su tierra, el resto de la familia que allí quedó; muchas veces, aunque

<sup>1</sup> La autora desconoce el acarreo de la mies del campo a las eras. La paja ya trillada en las tierras cerealistas de Castilla era utilizada, asimismo, como combustible a lo largo de todo el año. (N.E.)

<sup>2</sup> Persona que, en las antiguas imprentas, manejaba una máquina de componer de la cual sale la línea formando una sola pieza. (N.A.)

yo era muy pequeña y el abuelo ya muy viejito, le veía escapársele alguna lágrima al recordar todo aquello que había quedado sólo en su recuerdo y al que nunca había podido regresar.

La familia Porrero García estaba formada por los abuelos: Melquíades Porrero y Justina García (a la que no conocí, pues murió antes que yo naciera), sus hijos: Cándida, Máxima, Eleodoro, Dolores, Cirilo, Zacarías (mi papá) y Telésfora (la única nacida en Argentina). En esa época y por muchas razones (llámese inserción en el nuevo país, la guerra ya declarada, conseguir trabajo, etc.) no hubo ninguna correspondencia con sus familiares que allá quedaron. Con el paso de los años, el abuelo escribió al pueblo pero no tuvo respuesta; quizás ellos no lo estaban pasando muy bien, y se cortó definitivamente ese lazo de unión con su tierra. La vida transcurrió sin muchos altibajos para la familia, salvo la muerte de la abuela (muy joven), que fue un golpe muy duro para todos. Los hijos se fueron casando, vinieron los nietos y la familia se consolidó felizmente para el abuelo, que falleció a los 81 años. Y aquí comienza “Mi historia”.

Un día, la tía Cándida vino de visita a mi casa y trajo una carta, estaba amarillenta por el paso de los años y escrita con la letra inconfundible del abuelo. Me dijo esto: “*es la última carta que escribió el abuelo a Barcial y no sé por qué razón no la envió*”. Perdimos toda comunicación, no sabemos si quedó alguien en el pueblo, si vive algún pariente y me pidió que fuera yo la que mandase una carta. Con mis 15 años recién cumplidos me entusiasmé de tal manera que al otro día comencé a escribirla. No sabía a quién dirigirla, entonces puse: “*Familia Porrero. Barcial de la Loma. Valladolid. España*”.

Conté quién era yo: Nérida Porrero, hija de Zacarías y nieta de Melquíades Porrero y Justina García, que no sabíamos si allí había algún familiar nuestro, y si lo había que, por favor, nos contestara la carta. En esa época (47 años atrás) las cartas iban por barco, así que demoraban por lo menos un mes en llegar. La ansiedad que me embargaba era tan grande que esperaba todos los días que pasara el cartero y me desilusionaba cuando no traía lo que yo tanto esperaba.

Fue pasando el tiempo y cuando creía que nadie me iba a contestar, un día al llegar del colegio (estaba en 2º año de la Escuela de Comercio), mi mamá con una sonrisa enorme me dijo: “*Mira lo que te llegó*”, mostrándome una carta a mi nombre, y cuando leo el remitente decía: “*Mari Carmen Porrero. Barcial de la Loma. Valladolid*”. Me abalancé sobre la carta y comencé a leerla con tanta emoción que me largué a llorar.

Mi mamá me preguntaba: “*¿Qué dice?*”, yo no podía hablar, reía y lloraba a la vez. Bueno, resumiendo, la carta me la mandaba la hija de un primo hermano de mi papá: Florencio Porrero, donde me contaba la emoción tan

grande que habían recibido todos en Barcial al llegar mi carta. Ese fue el comienzo de una larga y enriquecedora comunicación entre dos chicas (Mari Carmen tenía 16 años), que dura hasta el día de hoy.

Nuestras vidas transcurrieron en medio de cartas, fotos, cassettes, videos; según iba pasando el tiempo, llegaron nuestras bodas, el nacimiento de nuestros hijos, en fin, todos los momentos felices, cumpleaños, navidades, etc. Y también los tristes como la muerte de nuestros padres y tíos, pero nunca jamás en estos 47 años, dejamos de comunicarnos (ya en la actualidad por teléfono e internet).

Tengo que contar que con la primera carta se convulsionó toda nuestra familia, la tía Cándida estaba rebosante de alegría y mis otros tíos también. Tal es así que ellos también empezaron a escribirse con otros primos como: Raimunda, Jacinta, Ciriaco, Agripina y como era de esperar, ansiaban reencontrarse con ellos y volver a su terruño que los vio partir tan pequeños.

Y fue así que pasados unos años, un día el tío Cirilo nos dijo: *“Quiero ir a España”* (afortunadamente era el de mejor situación económica) y gracias a Dios hizo el viaje con su esposa y mi prima Alicia.

Por primera vez tuve la felicidad de mandarles regalos para todos, porque el bueno del tío accedió a llevármelos y cuando regresaron, nos reunimos para que nos contase todo lo que habían vivido; fue tan emocionante que por momentos creía que yo había hecho ese viaje, y también él vino cargado de regalos para todos nosotros.

Después de dos años quiso volver y se unieron a él la tía Máxima y la tía Lola y también fue para ellas una experiencia de gozo tan grande del que no se olvidaron jamás.

Pasaban los años y siempre anhelaba poder yo también ir a conocerlos, y como siempre me decía Mari Carmen: *“Tú tienes que venir; si no hubiese sido por ti que mandaste aquella carta, no nos hubiésemos encontrado”*.

Pero bueno, para mí era imposible hacer ese viaje que ya formaba parte de un sueño irrealizable: yo no pude realizar mi sueño, pero Mari Carmen sí pudo y un día me llamó y me dijo: *“Me voy a Argentina, ya que tú no vienes, iré yo a conocerte, ¡Así que prepárate!”*.

Bueno, no sé si lo que aconteció con la llegada de Mari Carmen lo voy a saber describir tal cual sucedió. Fue tan grande la alegría al vernos por primera vez en 47 años, que no podíamos dejar de abrazarnos y llorar por largo rato y casi no poder hablar, solo abrazarnos y llorar. Mi marido, mis hijas, mis yernos y mis nietos, todos llorando y sacándonos fotos y filmándonos. No lo podíamos creer, era para nosotras un milagro, un milagro de amor fraterno, de constancia, de cariño entrañable, de haber vivido toda una vida contándonos nuestras cosas sin conocernos y que ahora la vida nos daba este regalo maravi-

lloso de vernos, de tocarnos, de secarnos las lágrimas una a la otra y también de reírnos y disfrutar todo lo que fue su estadía con nosotros. Fue simplemente hermoso; conoció mucho de nuestra tierra.

Pero llegó el día de la partida, después de un mes que estuvo con nosotros, y esa despedida fue tan emocionante o quizás más que el reencuentro, porque no sabíamos si algún día íbamos a volver a vernos. Volvimos a abrazarnos y a llorar, yo tenía (digo tenía...) una foto donde casi no se nos ven los rostros, pero ese abrazo tuvo tanta energía que reflejaba la emoción y el dolor de la despedida. Esa foto la tiene ella en su mesita de luz y yo la tenía en un lugar preferido de mi biblioteca.

La despedida que le hicimos fue con toda la familia, los primos, los hijos de los primos, los nietos; fue hermosa y divertida, donde cantamos, bailamos y la llenamos de regalos; fue en la casa de mi hija mayor, Leila, en una noche de verano espectacular, y donde nos sacamos muchas fotos y filmamos un video que se lo llevó de regalo.

Bueno, acá voy a aclarar por qué a lo largo de mi relato digo que voy solamente a apelar a mi memoria, y en otras partes digo yo tenía.

A pesar de que nunca había podido viajar a conocer la tierra de mi querida familia española, tenía en mi poder un bagaje impresionante de cartas, fotos, videos, recuerdos, todo lo que me hacía mantenerme feliz con lo que a través de estos 47 años en los cuales mantuve ese lazo tan fuerte que me unió a todos ellos.

Pero llegó un 29 de abril de 2003, el río Salado del que somos parte la mayoría de los santafecinos, abrió sus brazos como un gran pulpo y arrasó con todo: sueños, recuerdos, pasado, presente; la risa y la felicidad se transformo en llanto y dolor; y el dolor en desesperación. El río y yo batiéndonos a duelo: él, gigante, bravo, fuerte; yo, abatida, sin fuerzas, como esperando la muerte. Tuvimos que irnos de nuestra querida casa, auto evacuarnos; caminábamos por las calles con la mirada perdida, creyendo que era un sueño que estábamos viviendo y viendo a tanta otra gente igual a nosotros, todo parecía una pesadilla de la cual nadie podía despertar. Pasaron 14 días en los cuales un tercio de la ciudad quedo totalmente bajo el agua: 130.000 familias afectadas, 23 muertos, y lo peor todavía no lo sabíamos. Era el regreso, los días pasaban, el agua no bajaba, todavía no podíamos volver. Ya no podía más, la angustia me desesperaba, y por fin pudimos volver y cuando lo hicimos me encontré con el horror: todo era destrucción, basura, olores nauseabundos.

Dolor, tristeza, impotencia, todo se mezclaba dentro de mí; sin embargo, ella, (mi casa) estaba erguida, seguía de pie, como un soldado después de la guerra, pero vacía, sus paredes cubiertas de heridas, heridas sangrantes, muerta en vida casi como yo. Entré, me abracé a lo que pude y lloré, lloré

mucho, porque ella aún me pertenecía como hacía tantos años y recordé todo lo que aquí había vivido. Miré mis manos y las sentí cansadas, pero a la vez intactas, levanté mis ojos al cielo y elevé una plegaria; entre mis lágrimas creí ver el rostro divino y entonces una promesa me hice; miré mi casa y le dije: “volverás a ser la de antes, sé que no podré sanar tus heridas, pero sí disimularlas; te pondré hermosa, te vestiré de blanco, cual novia ilusionada, y volverás a ser mía, nuestra, la casa de todos. También te pondré un nombre, te llamaré “Esperanza”, y aquí nos volveremos a reunir todos, los hijos, los nietos, los amigos, la familia como siempre.

El dolor sigue latente a pesar de haber transcurrido 4 años y de haber hecho terapia para poder sobrellevar semejante sufrimiento. La casa volvió a ser lo que fue (o mejor dicho a parecer lo que fue), porque todo lo demás cambió, todo lo que la habitaba no existe más, tiene cosas nuevas pero los recuerdos de la familia ya no están, no están las cartas, las fotos, los videos; no quedó nada de lo que tanto atesoré en estos 47 años; tampoco mi historia familiar, mi boda, el recuerdo de mis hijas, su infancia, la llegada de mis nietos, los acontecimientos familiares: Nada, no queda nada. Por eso digo que apelo a mi memoria, solo ella me hace vivir los momentos felices de nuestras vidas y los otros también.

Dicen los que saben que el tiempo borra las heridas, creo que no es así; solo las atenúa, siempre están latentes y con solo recordar me embarga una tremenda angustia. Ni bien enterados de lo ocurrido, nuestra familia española trató de localizarnos y cuando por fin lograron comunicarse, Mari Carmen y yo solo llorábamos por teléfono, no hubo palabras de aliento que no me dijera; me llamaba casi todos los días y me daba ánimo, nunca olvidaré sus palabras, me reconfortaba escucharla y para que me sintiera un poquito feliz me repetía constantemente: “ya nos volveremos a ver, ya lo verás, ten fe”. Yo en esos momentos todavía no me daba mucha cuenta de todo lo que el río se había llevado, porque no solo fueron los muebles, las ropas, los adornos de la casa, sino lo más preciado que toda familia posee, que es su historia familiar, la de sus ancestros y los de la familia que uno formó, los objetos que fueron pasando de generación en generación y que no tiene valor material sino espiritual muy grande; y eso, sabía que no lo recuperaría nunca más. Pero bueno, de a poco, con mucha fuerza de mi parte y de toda la familia, fuimos superando todo esto tan difícil que nos tocó.

Mis primas, Norma y Camucha, me fueron acercando algunas fotos familiares que al verlas nuevamente se me llenó el corazón de alegría; especialmente ¡la foto de los Porrero! (esa que se sacaban todas las familias con todos sus hijos) y que yo guardaba con tanto amor. Eso me reconfortó muchísimo porque volvía a tenerlos conmigo. Incluyo en mi relato la última carta que me

escribió Mari Carmen a fines del 2003 desde Málaga, pues ahora nos hablamos por teléfono muy seguido.

Quiero finalizar esta historia, “Mi historia”, expresando que me siento inmensamente feliz por haber podido reconstruir una parte de mi vida que creía definitivamente perdida y que gracias a los recuerdos y al amor incondicional de mi familia, la argentina y la española, que con su apoyo y contención pudieron ganarle a mi tristeza. Y también me siento feliz por poder realizar este acto de amor para con mis abuelos, mis padres y demás seres queridos que ya no están con nosotros y rendirle mi humilde homenaje a todos ellos por todo lo bello que nos brindaron, por su ejemplo de valentía, de trabajo y de generosidad, y que desde el lugar en donde estén sepan que sus semillas dieron muy buenos frutos. Para todos ellos vaya mi eterna gratitud.



Familia Porrero. Parados de izquierda a derecha: Máxima, Eleodoro, Cándida, Cirilo y Dolores. Sentados: Zacarías (mi padre), la abuela Justina, Telésfora y el abuelo Melquíades.



Los 80 años del abuelo rodeado de todos sus hijos; de izquierda a derecha: Cirilo, Máxima, Zacarías, Dolores, Telésfora, Eleodoro, el abuelo y Cándida.



Cumpleaños del abuelo rodeado por todos sus hijos y nietos. Sentada en la falda de papá estoy yo.



Recuerdo del viaje de los tíos Cirilo, Máxima y Victoria a Barcial en 1968.



Recuerdo del viaje de los tíos Cirilo, Máxima y Victoria a Barcial en 1968.



Iglesia de Barcial de la Loma donde fueron bautizados los Porrero.



Mari Carmen en Argentina (1997).



Casa de la prima Norma. De izquierda a derecha, tía Tola, yo, Mari Carmen, María Belén (mi hija más chica), Hugo (mi marido) y mi prima Camucha (hija de Máxima).



La partida de Mari Carmen.